

SINFONIA EN NEGRO La deserción o el compromiso



JULIETTE Gréco se ha convertido, al cabo del tiempo, y por obra y gracia de su personalidad, en una especie de símbolo. El símbolo de una época con el que se ha vuelto, una vez más, otra página de la historia. Han pasado ya bastantes años desde que aquella muchacha de aspecto lánguido y ojos grandes y tristes vagabundeaba su miseria en las noches, más oscuras que nunca, de un París de la post-guerra. Han pasado los años en que aquella desarraigada de melena larga y negra atraía la atención de François Mauriac, de Albert Camus, de Simone de Beauvoir y, sobre todo, de J. P. Sartre. El tiempo ha marcado su paso desde aquel día en que un fotógrafo de «Life» atravesó el Atlántico con la única misión de retratar a aquella muchacha que cantaba, «editando» sus canciones, en el «Tabou» con la esperanza de dar en América una visión femenina de lo que era el alma de una Europa destruida.

A los años dolorosos de la guerra sucedieron los esperanzadores de la paz. Al sueño de la muerte y a la pesadilla de la violencia les siguió el despertar de la alegría de vivir y las promesas de un mejor entendimiento humano. A la destrucción, al desorden y al caos sucedió la resurrección de entre las ruinas, la potencia de una industria nueva y el «boom» económico. A la guerra sucedió la paz. Pero entre la guerra y la paz, entre el dolor y la alegría, entre la pobreza y la abundancia, existe una zona intermedia, una gama de colores grises como entre el negro y el blanco. Existen las tristezas, las heridas no cicatrizadas, las huellas del hambre, los resentimientos no escondidos, los dolores recientes, la desesperanza, el desamor, la penumbra.

Son los cimientos de orgullos aplastados, de sangre, de amores rotos, de conciencias corrompidas, de lágrimas que no se contienen, sobre los que se edifican las soberbias construcciones de la paz. Y en esa zona intermedia, en ese color gris, en esa penumbra, se ha hecho adulta toda una generación que al terminar la guerra era apenas una legión de adolescentes. Y a esa adolescencia, después juventud adulta, que conoció el hambre y la miseria, la simbolizó, en cierto modo, toda la variada gama de ideas de que está compuesta la filosofía existencial. Y en este justo medio, alzándose como símbolo de aquella época, se colocó a Juliette Gréco, a la que un día, más o menos equivocadamente, se la llamó «musa del existencialismo».

Hoy día esta mujer, Juliette Gréco, de ojos grandes, negros y tristes, de voz sentimental, cobrada, de repente, un aire romántico. Porque cuando la tragedia se aleja en el tiempo, se convierte en literatura sentimental y en romanticismo. Pero Juliette Gréco sigue formando parte de ese coro que cantó por toda Europa esa «sinfonía en negro» de la post-guerra, después del rojo de una guerra y antes del azul de una esperanza de paz.

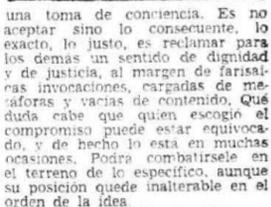
CUANDO el hombre se encuentra al borde de la madurez, cuando han sido secadas en su corazón las flores quizá generosas de la impaciencia, un dilema puede plantearse en su vida. Con seguridad este dilema lo han llevado dentro quienes por sensibilidad o por cultura han dedicado muchas horas de su vida a la meditación, al estudio de sus semejantes y a las condiciones de sociabilidad que determinan eso que llaman civilización. Al hombre que piensa, sea o no intelectual, el sosegar azaroso de la existencia, más pronto o más tarde le situará en la encrucijada dramática que supone toda elección. Habrá que escoger entre deserción o compromiso. No caben, aunque algunos piensen lo contrario, vías muertas, en una suerte de resignación pasiva, fruto de sentimentalismos del corazón. No puede esta elección quedar elavada en la tierra de nadie. La deserción ofrece matices insospechados que pueden desorientar a cualquiera. La deserción puede ser la huida, su nombre es muy similar al concepto peyorativo de aburguesamiento. Se puede desertar por comodidad, por hábitos adquiridos y sobre todo por experiencia.

El hombre llega a cierta edad; hasta entonces todo le ha sido perdonado con indulgencia. Se trata de lo que se conoce como pecadillos de la juventud. Pecadillos que a veces representaban la baza de su vida. Su impetuosidad, su generosa actitud ante los problemas que palpaba alrededor, su intransigencia eran considerados como algo normal, casi biológico, pero plenamente superable. El hombre un día estrena la mayoría de edad. Es hora de ir sentando la cabeza. La sociedad permite muchas cosas, todas ellas dentro del orden establecido. Al joven se le pueden perdonar excesos amorosos, aunque no se le autorice a rebasar las convenciones fijadas. Puede hacer una boda dentro de su clase incluso sin amor. La sociedad hará la vista gorda si, como resultado de una desastrosa elección matrimonial, su vida con-

yugal resulta un fracaso y busca tibios remedios extralegales, por ejemplo una aniquita. Y así en todo. La mediocridad es el rasero común de la sociedad. Quien, por sendas admirables o erróneas, intenta romper el cerco de los lugares comunes que informan la vida civilizada recibirá la repulsa de todos. ¿Es, pues, extraño que el hombre encuentre cómoda la deserción? Como corolario de todo ello se fomenta una hipocresía. Pocos creen en todo lo que viven. Y así tenemos todos que tolerar hipocresías colectivas que meditaciones nos parecen monstruosas. Meretrices ilustres gozan de la admiración universal, vagos sucedáneos que nada tienen que ver con la religión verdadera llenan el íntimo espacio dedicado a lo sobrenatural. Las religiones se tuercen, a la conveniencia del propio provecho; el coro de quienes tienen mucho que perder alza su voz unánime en defensa de valores culturales. Para ejemplo, ¡el hace tiempo una curiosa deformación del pasaje en que Jesús anatematizaba a los sedientos de riqueza. Para el comentarista de texto bíblico la sentencia del ojo de la aguja y el camello habían sido, impropriadamente, tratados. A través de unos silogismos absurdos quería decirnos que no era así, empujando la palabra del propio Cristo. Oleadas de estúpida frivolidad machacan a diario nuestra sensibilidad. El mundo consagra lo materialmente fuerte, la fatuidad de quienes mandan, el erimen autorizado, la mentira dorada.

Por ello, un día, lo más noble del hombre se llena de asco y este es el momento crucial. Por conveniencia, por nihilismo o por creer que todo ello es irremediable, cada cual encarrilla su vivir dentro de estas pautas. Ello admite distintas gradaciones, claro está. Hay quien llega a la bestialidad y por otra parte, hay quien se refugia en melancólicos mundos, cantos de sirena, como los de quienes hacen el arte por el arte, o —en otro orden de cosas— cooperan a la beneficencia con alguna suscripción.

El compromiso, sin embargo, significa «a priori» no aceptar la sociedad. Escritorcellos de esos mundos de Dios y sesudos varones confunden lastimosamente el compromiso con ideas revolucionarias de tea y destrucciones. Suponen que quien se confiesa comprometido guarda en su bolsillo un carnet de tal o cual partido. Que conserva escondidos pasquines y octavillas. Creo que el compromiso honrado es algo mucho más noble y superior que todo eso. No negamos que la literatura comprometida se sitúa a veces al servicio de valores muy temporales y muy discutibles. Pero también es cierto que el compromiso, especialmente el compromiso de quienes han meditado bastante, es



una toma de conciencia. Es no aceptar sino lo consecuente, lo exacto, lo justo, es reclamar para los demás un sentido de dignidad y de justicia, al margen de farisáticas invocaciones, cargadas de metaforas y vacías de contenido. Quien sabe que quien escogió el compromiso puede estar equivocado, y de hecho lo está en muchas ocasiones. Podrá combatirle en el terreno de lo específico, aunque su posición quede inalterable en el orden de la idea.

El compromiso limpio, tal como yo lo entiendo, no entenderá de discriminaciones previas. El nihilismo no cogará sus reflexiones, porque en definitiva de lo que se trata es de humanismo, un amor a las verdades entrecalladas por tanto interés, tanto cálculo y tanta necesidad.

Encerrar en un artículo de periódico la serie de reflexiones que nos vienen, es vana tarea. Quede reflejada esta dualidad; me refiero más concretamente —aunque es válido en todos los sentidos— a quienes son más responsables por su cultura y por sus conocimientos. El intelectual que deserta de su magisterio, movido por comodidades de supervivencia olvida algo esencial, y su obra como reflejo que ha de llegar a los demás está falsificada.

Albert Camus, un comprometido admirable, decía: «La tarea de los hombres de cultura y de fe no es desertar de las luchas históricas, ni servir a las que son inhumanas y crueles; sino mantenerse en su puesto y ayudar al hombre contra las fuerzas que le oprimen y favorecer su libertad contra las fatalidades que le rodean».

Son frases estas que debieran estar grabadas con letras muy grandes sobre todas las mesas de quienes nos dedicamos a escribir.

MIGUEL ANGEL PASTOR

LIBROS PASADOS POR CONCILIO

HA llegado un nuevo curso y, como cada año, no me he privado del placer de repasar los libros de texto de bachillerato que van a estudiarse ahora. Es un poco como si uno viera crecer a los viejos libros que nosotros empleábamos. Crecer y rejuvenecer. Porque hoy, sin duda alguna, los libros de texto están mejor presentados tipográficamente, mejor ilustrados y quizás más pedagógicamente redactados. Estoy dispuesto a conceder incluso esto último, aunque haya visto listas enteras de reyes godos y de características de la Inquisición que hay que aprender de memoria. Puesto a criticar en este sentido diría que estos libros adolecen todavía de la simpleza y el dogmatismo de todo manual y no enseñan a pensar, pero pasemos todo esto por alto. Lo que me intranquiliza es que los libros de historia y hasta de religión no han pasado por Concilio todavía. Quiero decir que no se han enterado del nuevo espíritu que se respira en la Iglesia a partir de Su Santidad Juan XXIII, y, sobre todo, desde la primera sesión conciliar.

Siempre diciéndose las mismas tonterías o barbaridades de Lutero, por ejemplo, y hasta de la Inquisición que hasta parece ya más santa desde que yo estudié bachillerato. Se confunde el cristianismo con España y la liturgia con las ceremonias religiosas. Se sigue dando un carácter totalmente negativo a la Revolución francesa, a pesar, por ejemplo, de las recientes palabras papales en este sentido y a pesar del simple sentido común y cristiano y en general se presenta a nuestros chicos y a las una historia degenerativa que arranca de no se sabe qué siglo de oro y va luego, de tumbó en tumbó, hasta la catástrofe final del mundo moderno, lo cual, por lo pronto, no es honesto y, desde luego, nada conforme al nuevo espíritu de la Iglesia.

Ni que decir tiene, pues, que esos libros de texto tampoco están pasados por «espíritu moderno» y, por ejemplo, un problema —el gran problema— como el del hambre en el mundo moderno no ocupa espacio alguno sensible en un libro de geografía, historia o religión o educación ciudadana, mientras se dedican



el interés de todos el que los libros de texto cambien de tono, un interés urgente. El que sean pasados por Concilio y por la sensibilidad moderna y comiencen a servir para enseñar a pensar, no para suministrar pillos prefabricados de ideas bien redondeaditas.

J. J. L.

páginas y páginas a cualquier batalla de hace cuatro siglos y se mencionan en dos líneas a hombres como Pasteur, Francisco de Asís o Abelardo o se sigue hablando tan tranquilamente de razas humanas o se llaman demagogia y desorden a las más legítimas luchas sociales.

Los autores que escribieron estos libros necesitan una gran corriente de aire fresco, de conciencia del mundo en que viven, de la Iglesia a que dicen pertenecer, de la lealtad que deben a las nuevas generaciones que se

EL CABALLO DE TROYA

WILUWIA WRIGHT

COPRI

DOS DE MAYO, 1
Teléfono 23421

INSTALACIONES ELECTRICAS
TALLER ELECTROMECHANICO
DEPURACION DE AGUAS

RIEGOS POR ASPERSION
PROTECCIONES AUTOMATICAS CONTRA INCENDIOS

Casa SANTAREN

VALLADOLID



trincheras
cortefiel
tergal
comprado
y puesto

SOLER

sección caballero

FAMILIAS AGRICOLAS

SE PRECISAN

cor. hijos, para vivir en finca próxima a Logroño. Proporcionamos vivienda y buen sueldo. Escribir al Apartado 77, de Logroño, indicando la edad del matrimonio y la de los hijos.

Farm. Constanze Design Graf Sigvard Bernadotte Acton Bjern

THOMAS-
Porzellan
macht Freude

thomas

Ambrosio Perez

Santiago, 1 - Joyeros - Valladolid

EL HEROE EN ZAPATILLAS

HE aquí una reciente foto de uno de los personajes más célebres del trepidante mundo moderno. Cuesta trabajo reconocerle, porque corrientemente le hemos visto embutido en uno de esos incómodos trajes espaciales o con el llamante uniforme militar. Se trata del cosmonauta ruso Gagarin, uno de esos hombres que se lanzan a la atmósfera, cuentan las estrellas y se vuelven a casa. El resto, los cálculos científicos y el aparato publicitario lo harán los demás. Se les trae y se les lleva al Pentágono o al Kremlin, se les exhibe un poco, cuentan sus experiencias y hasta otra ocasión.

Como podemos observar, la intimidad de estos nuevos héroes, que han sobrepasado las ingenuas predicciones de Julio Verne, no reviste nada extraordinario, afortunadamente. Las

preciosas criaturas que rodean con sus brazos el cuerpo del cosmonauta son Galotchka y Leneotchka, bien abrigaditas ambas, porque van a salir de viaje, precisamente a ver a mamá que se encuentra lejos.

Son demasiadas pequeñas las niñas para Gagarin, sonriendo felices, niéndolas con amor esa sinfonía de primavera prendida en los blancos lacitos de la cabeza, comienza muy cerca del suelo, de lo estable y duradero. Quizá mañana u otro día haya que volar, la Tierra será una bola oscura a lo lejos. Pero la realidad vestida de rojo y amarillo tirará del corazón del navegante mucho más que la contemplación de los frios espacios siderales.

Y es que la vida es así; el hombre llegará a casa, se despojará de uniformes, condecoraciones,

desoladores paisajes de soledad, y se sentará sobre el suelo, abrazando a los suyos, en tanto que a sus oídos llegará adormecido el bullir pausado de la marmitta, el grillo del hogar que diéramos un novelista inglés. Mañana ya veremos, pero hoy hay que vivir lo inmediato, lo cordial, lo que llena la existencia del más viejo de los alectos. Así, enraizado en la vida cercana, en cuanto nos rodea, que quizá abandonemos un día para descubrir que muy lejos sólo existe frío, un frío blanco transparente y silencio, un silencio cósmico parecido a un reproche sin palabras dirigido a una humanidad que hurza por los aledaños de la corteza terrestre, sedienta de otros planetas, en tanto que en el recientemente abandonado quedaban tantas cosas por descubrir...

M. A. P.

